



DIEZ MINUTOS DE FELICIDAD

Por MIGUEL F. RIPOLL

No acierto a hilvanar un pensamiento. La tengo delante de mí, a unos cuantos pasos. Es tan interesante, tan interesante este su rostro moreno en el que brilla, como en medio del océano, una lucecita singular, que soy todo ojos para ella. Y sin embargo, ella apenas se da cuenta de que la contemplo. Se mantiene seria, muy seria. Una ligera arruguita en la frente sobre la nariz; un ligero, un travieso brillo en los ojos y este lunar... ¿Auténtico? Sí... es auténtico; parece un centinela que guarda celosamente el rubí de sus labios.

Y no sé si este ambiente pascual que aligera todos los ánimos y exagera todas las alegrías me ha contaminado con el entusiasmo general, con el de todos estos compañeros de oficina a quienes la espera de un jugoso aguinaldo ha alegrado el corazón y ha dibujado una sonrisa franca en sus rostros, siempre taciturnos, incommovibles.

Yo también me siento alegre ahora. Yo, que hasta ahora no he podido descubrir el secreto de saber reír. Yo que de los dos grandes sentimientos del alma sólo he aprendido a gozar de uno: de la tristeza.

Esta mujercita, que tengo delante de mí, que por lo que veo, encuentra grandes dificultades por dejar de ser niña, viene ahora como un soplo de bienaventuranza. Este nimbo de hermosura que parece rodearla se ha extendido, prosigue extendiéndose, impregnando de un poquito de dicha mi corazón.

Es tan bella. Yo quisiera que alguien me presentara a ella. No es difícil uno de mis compañeros la conoce. Nada me costaría llegarme hasta él y pedirle el favor. Sí, el favor. Y ¿por qué no? Es tan triste vivir siempre triste. Debe ser tan consoladora la idea de poder conversar unos minutos, unos segundos siquiera con una persona de nuestro agrado.

Mas no me atrevo. Temo importunarla. Can-

sarla, hastiarla con este aire cansino, insoportable que a todos lados arrastro como en penitencia. Yo no sé, Dios mío, no sé por qué mi corazón ha de estar hecho exclusivamente con fibras de congoja... ¡Si yo pudiera reír! ¡Si yo pudiera remodelar la Vida a mi antojo!... Yo haría un esfuerzo, yo la haría reír, yo trataría de despertar su entusiasmo; haría, al menos, que se fijara en mí... ¡porque lo cierto es que ni siquiera se ha fijado en mí!...

En este momento, como en los más grandes trances de mi vida, luchan denodadamente mis dos "yos". Mi "yo", egoísta, el melancólico, el "yo" poderoso y dominador que reina en mí, que pone ante mis ojos, constantemente, un camino imaginario ensombrecido de pesimismo; y mi "yo" optimista, el débil, el nulo. Éste ha sido derrotado siempre. Mi "yo" fatal lo vence en todos los momentos y en todos los terrenos... Soy su esclavo.

Ahora, esta niña a los ha puesto otra vez frente a frente.

—Es inútil, —dice el pesimista—No te lances a esa aventura, que has de salir derrotado. Naciste triste y morirás triste. Tu pobre corazón no sabe, no puede saber de alegrías porque ha sido amasado con lágrimas.



—Sin embargo, ¿por qué no pruebas?—pregunta mi “yo” optimista—Nada se pierde con ello. Nada perderás puesto que, si triste haz de estar siempre, un desengaño más, una mayor dosis de melancolía, podrán cambiar ya tu vida?

—Necio,—insiste mi otro “yo”—¿Para qué añadir un desengaño más a los muchos que sazonaron tu alma?—Más vale que te resignes. Esa mujer no podrá ser nunca para tí. No ves cómo en medio de su seriedad, se adivina la sonrisa en su boca? No lo intentes, que la vas a entristecer.

—No temas, prueba—Es joven, es bella, es alegre. Acaso ella te reviva el corazón.

—Es inútil, no lo intentes.

—Créeme todavía hay esperanzas para tí.

—Sería trabajo inútil.

—Prueba, prueba. Aun puede ser tuya la felicidad.

—Tu melancolía la contaminará.

—Prueba, aprender a reír con ella.

Sigue la lucha sorda dentro de mí, pero cierro los ojos y los oídos del alma para no seguir viéndola ni oyéndola. Mi “yo” malo triunfa. El desánimo se va apoderando de mí y presiento que no habrá poder alguno que lo remedie. ¿Por qué esta cobardía espiritual, Dios mío? ¿Por qué he de claudicar una vez más en este instante tan supremo que parece va decidir de una vez quién es quién en mí?

No, es necesario ser fuerte. Quiero ser feliz lo quiero, ¡lo quiero!...

Voy a decirle a Luis que me la presente, quiero conocer a esta mujer, a esta niña, a este ángel... o a este demonio... ¿Qué me importa lo que sea? Quiero vivir.

Hago además de levantarme, pero... en fin, creo que otra vez he llegado tarde.

Se ha levantado. Cruza dos o tres palabras con Luis, que yo no oigo, porque están bastante lejos de mí.

Ahora camina ya hacia la puerta. Se va.

Quisiera gritarle a Luis, gritarles a los dos:

—Aguardad un momento que os lleváis mi felicidad. Haced el favor, un momento... No os dáis cuenta, pero os lleváis algo de aquí dentro... algo que no comprendéis... que se ha abismado demasiado en el pecho para que sea visible... algo...

No, no me oyen. ¿Cómo han de oirme si no he despegado los labios? ¿Si el temor del que siente que se le va la vida me ha empotrado en esta silla?

Se va, ya está cerca de la escalera. El frú-frú de sus faldas hace dúo descompasado con los latidos de mi corazón. Siento humedad en los ojos y frío en el alma... ¡Quién lo iba a decir! En diez minutos, despierto, he soñado, en medio de vida real y palpitante...

Tengo que abatir la frente sobre el metal yerto de mi maquinilla de escribir para no venderme... para que no vean que lloro...

**FELICES PASCUAS Y PRÓSPERO
AÑO NUEVO**

DESEA

D. Paulino Miranda Sampedro

**A TODOS SUS AMIGOS
Y FAVORECEDORES**